

Un centro cultural es un lugar viscoso

Entrevista a Ricardo Manetti

En esta conversación, Ricardo Manetti, nuevo director del Centro Cultural Paco Urondo, nos cuenta cuáles son las expectativas y cuál es la entonación que intentará imprimirle en esta renovada etapa. En la frontera entre la investigación académica y la experimentación artística, nos invita a pensar no solo el cruce entre las prácticas al interior de la Universidad y el afuera, sino también —y ésta es una de sus apuestas más fuertes— a habitar de un modo renovado la Ciudad. En el contagio que habilita esa zona liminar que es el centro cultural, Manetti nos conmina a arriesgar y a experimentar desde nuestra educación sentimental, desde nuestra historia, desde nuestros saberes hacia regiones donde explotarán nuevas formas de la sensibilidad y el conocimiento.

¿Cómo surge el Centro Cultural Paco Urondo?

El Centro se crea en 1974 gracias a la Ley Taiana. Y se recupera hace ocho años gracias a la gestión del decano Hugo Trincheró. Pero lo importante que tenemos que destacar es que este lugar —que no era el Paco Urondo, por motivos lógicos— era el centro cultural que tenía la Facultad de Filosofía y Letras. La Facultad crea un centro cultural propio a partir de la existencia de

Ricardo Manetti

Licenciado en Artes por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), dicta la cátedra Cine Latinoamericano y Argentino de la carrera de Artes. Es director de la carrera de Artes y del Centro Cultural Paco Urondo de la Facultad.

la Ley Taiana, que permite habilitar este espacio en el año 74. Luego, cuando se reabre, sí se piensa en el nombre de Paco Urondo, quien había sido director de la carrera de Letras por aquellos años.

¿Qué espera usted de la política cultural, desde la Facultad de Filosofía y Letras, con miras a la relación entre la Universidad y el territorio, en este caso particular, de la Ciudad de Buenos Aires?

Por un lado, es cierto que este es un espacio que corresponde a la Facultad de Filosofía y Letras y, como tal, a la Universidad de Buenos Aires. La idea de transformar este espacio que ya tiene ocho años —no porque lo anterior haya sido malo, sino porque cumplió un ciclo— tuvo que ver con poner en funcionamiento el lugar. Mi llegada aquí tiene que ver con un nuevo momento dentro de la gestión de la Facultad, con una propuesta diferente; y en este punto es interesante pensar que tenemos por primera vez una decana. También se plantea desde allí una situación de cambio. Y esto me lleva a pensar que en este 2014 cumple treinta años el Centro Cultural Ricardo Rojas. Ese centro cultural surgió también en un momento muy llamativo. Hoy, quizás, está mucho más conservador —yo me animo a decirlo porque participé de ese espacio—. Pero, en su momento, también fue raro, porque generó ciertas conflictividades con lo que uno podía tener en el imaginario sobre lo que era la Universidad de Buenos Aires frente a un espacio que lo que intentaba era ponernos todo el tiempo en tensión, frente a ese lugar de lo académico institucionalizado. Lo interesante es que mucho de lo que aconteció en ese espacio luego ingresó al ámbito de la reflexión académica. Tiene que ver con un momento histórico: era el año 1984, el regreso de la democracia. Eso permitió transformar algunos caracteres de la historia.

Hay un punto que a mí me interesa y es que el centro cultural es el ámbito de vinculación entre el ámbito de una facultad con la comunidad concreta. Se trata de un cruce real, concreto y hasta edilicio, que permite esta vinculación. Creo que el Centro Cultural —y este es un punto que nos interesa a todo el equipo de trabajo— tiene que ser utilizado por el ámbito de la Facultad, por los investigadores, por las diferentes carreras para *salirse* de sus propios espacios y poder establecer un punto de encuentro, un punto de debate. Este tiene que ser un lugar en donde los investigadores y los profesores de la Facultad puedan experimentar otra instancia donde poner en funcionamiento práctico el campo de la investigación. Tiene que estar ligado a la noción de *praxis*. Este es un punto clave, porque un centro cultural tiene, por un lado, la responsabilidad de producir un pensamiento, pero

también la de ponerlo en acción, vincularlo a la comunidad, fundamentalmente.

En este punto, la apuesta del Paco Urondo trasciende la carrera de Artes específicamente y atañe a todas las carreras que se dictan en la Facultad

Sí, esto va más allá de que la Facultad tenga una carrera como Artes. La problemática artística concierne también a todas las disciplinas humanísticas. Me parece también que

lo artístico atañe a la totalidad de las carreras. Se trata de pensarlo desde el punto de vista antropológico, por ejemplo. O geográfico también, porque tiene que ver con una instancia de funcionamiento de los cuerpos, de funcionamiento de una ciudad, de funcionamiento de un país.

Recién tuvimos una reunión que, específicamente, atañía a cómo poder trabajar con diferentes comunidades originarias de todo el país. Y se hablaba de la geografía ligada a la producción artística. Son elementos para tener en cuenta. La producción artística se puede pensar desde diferentes ámbitos. Y esta es una tarea que le corresponde a la Facultad de Filosofía y Letras. No todos los centros culturales tienen la posibilidad de contar con investigadores en Antropología, en Letras, en Filosofía, en Bibliotecología... Es un potencial que tenemos que aprovechar: el encuentro entre la práctica de la gente que desarrolla una actividad artístico-cultural con el pensamiento de la producción que tiene la Facultad. Y una de las cosas que yo señalaba —y que hemos hablado bastante con el equipo de trabajo— es que lo interesante de un centro cultural es que permite el riesgo, el animarse. El hecho de generar situaciones que quizás los institutos de investigación no piensan, o no se atreven; me refiero a lo que es específicamente algo que debe estar concentrado dentro de lo que debería ser lo académico, y que sí se lo permite un centro cultural. Este es un espacio de clínica, de prueba y error, de experimentación. Por eso pensaba lo que en su momento —y yo lo aprendí también en ese ámbito y dentro de la Facultad— fue la Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil (SEUBE). Ese fue mi primer lugar de



Ricardo Manetti durante la inauguración del Centro Cultural Paco Urondo. Foto: Facundo Manini.

gestión, allá por el 89, cuando asumió Luis Yanes. Éramos muy jovencitos los que estábamos en la SEUBE. La primera situación fue un rapto cultural sobre los escombros, y lanzamos un programa cultural que se llamó *Al filo de la cultura*. Mi método de trabajo siempre fue el de estar al filo. Creo que un centro cultural tiene que estar así. Al filo, pero sostenido por un peso histórico, de memoria cultural, de investigación importante, pero siempre arriesgando.

En un punto, es pensar una forma de habitar lo público, de recuperar formas de transitar lo común... una forma de habitar que resignifique no solo el cruce entre el saber disciplinar y la experiencia artística, sino también su propia naturaleza. ¿Piensan el centro cultural como un lugar de frontera?

Sí, ese es un punto clave. Lo que me gusta de la frontera no es que separa, sino que es un punto de encuentro. La frontera es promiscua, es viscosa. El filo es la frontera, eso es lo que me atrae. Una de las cosas que pedí con mayor insistencia cuando asumí la dirección del Centro Cultural fue que se abriera la puerta. Para mí, la puerta es una frontera. La puerta de la esquina, de 25 de Mayo y Perón, cerrada es una frontera. Tiene que estar abierta para que el Centro Cultural invada la calle, pero para que la calle también invada el Centro Cultural. Sería absurdo pensar que solo nosotros salimos. Tiene que entrar lo que está aconteciendo afuera. Y es interesante, en términos geográficos, pensar dónde estamos. Estamos en un lugar que está en pleno

**Reinauguración del Centro Cultural
Paco Urondo. Foto: Facundo Manini.**



centro económico de la ciudad, del país, en la *city* porteña, a dos cuadras de Plaza de Mayo, en un sector que se ha hecho peatonal, y frente a lo que será el Centro Cultural Néstor Kirchner. Tenemos del otro lado a Puerto Madero. Es un lugar que fluye y por el que fluye gente muy diferente, que va cambiando según el momento del día. Tenemos a los estudiantes que vienen y pasan por acá, la gente que está en los institutos. Cuando veo estos cruces, digo ¡esto es un centro cultural! Y esta es la realidad de la Facultad de Filosofía y Letras también, porque trabaja sobre ese hábitat, que es el hábitat de lo acontece diariamente. Desde ahí, uno lee el presente desde una memoria, pero también de algo viscoso que deviene. Si no, no puede ser un centro cultural. Es un museo, según la vieja concepción de los museos. Ni siquiera un museo moderno.

Es un lugar —para decirlo con Bataille— donde aparece lo sagrado, en el contagio, en medio de lo profano

Sí, y no se puede saber nunca qué es lo sagrado y qué es lo profano. En el cruce, en la mezcla es donde aparece la interrogación, donde aparece el debate. Estoy muy feliz de que el Paco Urondo esté acá. Hay que animarse a ir por más.